

# PARAÍSO Y DESPLAZAMIENTO

## Reflexiones sobre el origen de Desplazados del paraíso

ANTONIO MARÍA FLÓREZ

---

Oí hablar por primera vez del paraíso a mi abuela colombiana, en Marquetalia, cuando era yo muy niño y mantenía pegado a sus oscuras faldas. Más allá de su simbología religiosa, me lo describió como un lugar maravilloso, mítico, muy parecido a lo que a nuestro alrededor había: las verdes, densas y primaverales montañas de los Andes centrales de Colombia. Se lo oí mencionar también al cura Hincapié, un sacerdote que campeó a sus anchas en el pueblo en los años duros de la Violencia con sus particulares métodos educativos, cimentados en el uso del zurriago y del temor a Dios y al infierno. El paraíso para él había sido la oportunidad perdida de felicidad eterna para la humanidad y un lugar al que sólo se podría llegar o volver con mucho sacrificio, entrega y fe en la Santísima Trinidad cuando llegare el tiempo del Juicio Final, según lo sentenciaba el Apocalipsis. Aquél fue mi confesor primero, y seguramente el último, lo que denota cuan poca fe logró inculcar en mí, rebelde cachorrillo libertario en ciernes. También se lo escuché a uno de mis profesores de la escuela Cervantes, donde cursé mis estudios primarios, cuando trataba de explicarnos las diferencias entre el bien y el mal y adónde iríamos según nuestro comportamiento en la vida: al infierno los malos y al paraíso los buenos. Lo que nunca entendí bien era por qué los amigos suyos, cuando iban al “Paraíso”, resultaban siendo los malos para mi abuela y el cura, dado que allí sólo libaban bebidas espirituosas acompañados de vestales y magdalenas que les ofrecían su cuerpo a cambio de unas cuantas monedas escasas y un aguardiente.

Después, por razones familiares que no vienen al caso, debí abandonar Marquetalia terminando mi infancia, y asentarme en mi pueblo natal, del que partí a los seis meses de edad, Don Benito, para vivir con mis abuelos maternos. Ahí estudié en un colegio de curas claretianos, a los que debo algo de mi vocación literaria y mi apartamiento paulatino de la religión, por descreimiento y falta de coherencia entre la vida y el espíritu de la fe. España hervía socialmente y se preparaba para el inicio de una nueva época. Por mi cabeza bullían ideas revolucionarias y el paso del tiempo era mi gran preocupación filosófica. Pero también añoraba a mis padres y a mi tierra adoptiva americana, a la que hacía muchos años no volvía. “Nostalgia del paraíso”.

Alfonso Rodríguez, el hermano mayor y más querido de mi madre, había regresado a España después de haber vivido muchos años en el extranjero (Guinea Ecuatorial, Argelia, Alemania, Francia). Fui a conocerle a Madrid con mis abuelos y a pasar un fin de semana con él. Era un hombre culto, carismático, amante del jazz y el ajedrez, y que había sido, además, amigo de Manuel Pacheco cuando vivió en Badajoz (le dedicó un par de poemas que aparecen en *Todavía está todo todavía: Insoneto para cronocar un homenaje y Luz agachada*). Sabedor de que yo escribía, me recomendó, para ponerme a tono con la modernidad, leer a los poetas de la *Beat Generation* americana, a los surrealistas franceses y españoles y a los nuevos escritores latinoamericanos, afincados muchos de ellos en París y Barcelona. Me regaló unos ejemplares de una revista que hacían en la capital francesa, animada por muchos de los escritores del “*Boom*” y las corrientes más innovadoras de la poesía en español del otro continente. En una de ellas leí un texto de un poeta que se firmaba *X-504* (Jaime Jaramillo Escobar), titulado *Apólogo del Paraíso* que me causó una gran impresión, por ser él colombiano y por la manera en que desacralizaba un tema de tanta enjundia religiosa y que hizo que me interesara de inmediato por el paraíso como asunto poético. Aún no había leído uno *La Divina Comedia* de Dante ni *El Paraíso perdido* de Milton, ni por asomo. Unos meses después -no había yo empezado tan siquiera la universidad-, escribí un texto en homenaje al *nadaísta* colombiano que titulé *Paraíso*, que era una variante de su poema *Apólogo*, y en el que plasmaba mi obsesión por el paso del tiempo y esbozaba ya mi preocupación por el paraíso ausente y mis conflictos con la divinidad. Al cabo de los años, este texto sería la materia germinal de mi libro *Desplazados del paraíso*, alimentado de la nostalgia por la infancia perdida y los conflictos sociales de Colombia, la violencia, el desplazamiento forzado, asuntos sustanciales de la política mundial, hoy y siempre.

• • •

El paraíso, en la mitología clásica, era un jardín situado al oriente del Edén, un término de origen acadio que significaba “lugar puro”, “natural”. En él había un río que tenía cuatro brazos que llevaban la vida a las cuatro regiones de la tierra (Mírcea Eliade). Eran los ríos Pisón, Gihón, Hidekel (Tigris) y Éufrates que regaban las tierras de Havila, Cus (Etiopía), oriente de Asiria y Babilonia.

Para Robert Graves, el paraíso, llamado por los hebreos *pardess*, por los persas *pari-daeza*, por los sumerios *dilmun* y *paradeisos* por los griegos, no deja de ser la misma región edénica de los polinésicos y americanos, que son siempre “*hermosos jardines regados por un río cristalino de cuatro cabezas; sus frutales están cargados de joyas centelleantes y una serpiente sabia los habita*”.

En él moraban Adán y Eva, según se relata en la primera parte del *Génesis*, a quienes el Creador les dio dominio sobre todos los bienes que existían en aquel lugar; pero Dios le ordenó a Adán: “*De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, morirás*”. (Génesis 2: 16-17). También allí había otro árbol especial, el árbol de la vida, que daría la capacidad de obtener la vida eterna.

Atenidos al relato bíblico, la serpiente tentó a Eva para que comiera el fruto de ese árbol, que podría darle acceso al conocimiento divino, a la sabiduría, y al discernimiento del bien y el mal. Y ella lo probó, viendo que era bueno, agradable y codiciable; y se lo dio a su pareja para que lo comiera como ella. “*Entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos... Y oyeron la voz de Jehová Dios que se paseaba en el huerto, al aire del día; y el hombre y la mujer se escondieron de la presencia de Jehová Dios entre los árboles del huerto*”. (Génesis 3: 7-8). Y entonces, cometido el pecado, descubierta la desobediencia: “*Jehová Dios hizo al hombre y a su mujer túnicas de pieles, y los vistió... He aquí que el hombre es como uno de nosotros, sabiendo el bien y el mal; ahora, pues, que no alargue su mano, y tome también del árbol de la vida, y coma, y viva para siempre... Y lo sacó Jehová del huerto del Edén, para que labrase la tierra de que fue tomado... Echó pues, fuera al hombre, y puso al oriente del huerto del Edén querubines, y una espada encendida que se revolvía por todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida*”. (Génesis 3: 21-24).

Mircea Eliade, el filósofo rumano, documenta que la idea del paraíso trascendía la tradición judaica: “...Pero el mito de un paraíso original habitado por el hombre primordial, así como el mito de un lugar «paradisiaco» difícilmente accesible a los humanos, era conocido más allá del Éufrates y del Mediterráneo. Como todos los «paraísos», el de Edén se encuentra en el centro del mundo, en el lugar donde brota el río de los cuatro brazos. En medio del jardín se elevaban el árbol de la vida y el árbol del conocimiento”. Yahvé prohibió al hombre comer del árbol del conocimiento del bien y del mal... y “De esta prohibición se desprende una idea desconocida en otros ambientes: *el valor existencial del conocimiento*. Dicho en otros términos: la *ciencia* puede modificar radicalmente la estructura de la *existencia* humana. (*Historia de las religiones y las ideas religiosas*, p. 224).

Eliade, refiriéndose a la tentación a Eva por parte de la serpiente (Satanás en la versión bíblica), dice que ese episodio ha dado lugar a muchas interpretaciones: “La trama recuerda una representación mitológica bien conocida: la diosa desnuda, el árbol milagroso y su guardián, la serpiente. Pero, en lugar de un héroe que triunfa y se apropia

del símbolo de la vida (fruto milagroso, fuente de la juventud, tesoro, etc.), el relato bíblico presenta a Adán como víctima ingenua de la pérfida serpiente. Estamos, en una palabra, en un caos de «inmortalización» frustrada semejante al del Gilgamesh. Porque, una vez hecho omnisciente, igual a los «dioses», Adán habría podido descubrir el árbol de la vida (del que Yahvé nada le había dicho) y hacerse inmortal”. Y sigue Eliade, haciéndonos ver cómo el mito arcaico fue sustancialmente cambiado por el autor de los relatos bíblicos: “El «fracaso iniciático» de Adán fue reinterpretado como un castigo ampliamente justificado: su desobediencia no hizo sino poner de manifiesto su soberbia luciferina, el deseo de ser semejante a Dios. Era el peor pecado que la criatura podía cometer contra su creador. Era el «pecado original», noción preñada de consecuencias para las teologías hebraica y cristiana. Semejante visión de la «caída» sólo podía imponerse en una religión centrada en la omnipresencia y los celos de Dios... Según los redactores de los capítulos 4-7 del Génesis, este primer pecado trajo consigo no sólo la pérdida del paraíso y la transformación de la condición humana, sino que en cierto modo se convirtió en fuente de todos los males que aquejan a la humanidad”. (*Historia de las religiones y las ideas religiosas*, p. 223).

Se ha discutido durante mucho tiempo cuál era o cuáles eran realmente esos árboles y sus frutos que, a todas luces, por los efectos descritos, no se corresponden con un manzano. Antonio Escohotado concuerda con Wasson y otros investigadores en que esa planta probablemente sea la amanita muscaria: “Wasson ha insistido en vincular con el chamanismo las representaciones del Árbol (de la vida y del conocimiento) y la Planta (de la inmortalidad y la amarga ciencia), considerando que uno y otra representan originalmente la amanita muscaria. Hay tradiciones que muestran el Árbol como una diosa/mujer de redondos senos en la base, símbolo -según Wasson- de los regulares píleos de esta seta, que crece al pie de las coníferas... Esa línea de razonamiento permitiría entender el extraño y conocido fresco de la capilla de Plaincourault. En efecto, allí aparece una Eva junto al árbol del conocimiento, donde se encuentra enroscada la serpiente bíblica; pero con la particularidad de que el árbol es claramente una enorme amanita muscaria, cuyas ramas son setas algo menores, de la misma especie. Los dos árboles... podrían ser el mismo y con el mismo fruto, cuya ingestión produce visiones paradisiacas o aterradoras dependiendo de la situación y los individuos”. (*Historia General de las Drogas*, p. 60).

• • •

John Milton, con el permiso de Shakespeare, es el poeta inglés más importante del siglo XVII. Ardoroso y liberal en política, revolucionario en la vida y el pensamiento, participó activamente en los más escabrosos combates ideológicos y religiosos de su tiempo. Defensor a ultranza de la tradición literaria, era políglota y latinista excelso. Poco afortunado en el amor compuso bellos poemas de corte amoroso. Hoy en día se le considera el primer gran defensor de la libertad de prensa. Su obra cumbre es *El paraíso perdido* (1667), epopeya de la caída de Adán y Eva y su expulsión del Edén. Si bien en Europa se encuentran algunos antecedentes interesantes que tocan el tema de la

creación y el paraíso (Guillaume Dubartas, Anders Arreboe, el obispo Spegel, Friedrich Klopstock, Diego de Hojeda, Alonso de Acevedo), es el poeta londinense quien lleva a la cumbre tan bíblico asunto, reconociendo influencias ciertas de algunas obras como el *Adamo ossia il peccato originale* de Giovanni Battista Andreini, el *Paraphrase* de Caedmon, el *Lucifer* y el *Adán en el destierro*, ambos de Joost Van den Vondel.

Esta epopeya basada en la Biblia consta de doce libros o capítulos que contienen unos diez mil versos (en la primera edición eran diez libros), escritos en verso libre (*blank verse*) de gran ritmo y sonoridad. Interpreta, desde la ortodoxia protestante, el libro sagrado, convirtiéndolo en un referente de la literatura universal. Milton, según Juan Donoso Cortés (1809-1853), en su *Discurso Académico sobre la Biblia* dijo palabras muy elocuentes: “*Sin él, Milton no hubiera sorprendido a la mujer en su primera flaqueza, al hombre en su primera culpa, a Luzbel en su primera conquista, a Dios en su primer ceño; ni hubiera podido decir a las gentes la tragedia del Paraíso, ni cantar con canto de dolor la mala ventura y triste hado del humano linaje*”.

Según el mexicano Joaquín Antonio Peñalosa: “La estructura del *Paraíso perdido* obedece al más riguroso plan de la epopeya clásica... No le falta... ni el vastísimo tema narrativo, ni la acción interesante para todo el género humano, ni la estructura clásica del poema épico, ni esa cualidad esencial a la epopeya que, por no encontrar palabra más precisa, se ha designado tradicionalmente como grandeza o sublimidad”.

Llama la atención la gran astucia que le atribuye Milton a la serpiente, encarnación de Satanás, y las argucias que utiliza para convencer a Eva de transgredir las órdenes divinas y los consejos de Adán de no probar la fruta prohibida: “*¡Oh, planta sagrada sabia y dispensadora de sabiduría, madre de la Ciencia! Yo siento ahora dentro de mí tu poder que me ilumina, y no sólo me da a conocer las causas primitivas de las cosas, sino también me descubre las miras de los agentes supremos, tenidos por sabios. ¡Reina del universo!, no creas en esas rigurosas amenazas de muerte; no moriréis, no. ¿Cómo podrías morir? ¿Por causa de este fruto? Él os dará la vida de la ciencia*”. (Libro IX, p. 183).

Otro de los aspectos que llama la atención del libro de Milton, es su carácter erótico-amoroso, de alguna manera un enfoque osado y algo atrevido para su tiempo, pero no exento de alta poesía.

“*Eva es bella, divinamente hermosa, hecha para el amor de los dioses; no tiene nada de terrible, aunque sean temibles el amor y la belleza, cuando ésta no tiene junto a sí un odio más fuerte...*” (Libro IX, p. 178).

“*... Ambos nadaban entonces en el placer, como si estuvieran embriagados con un vino nuevo; imaginanse sentir en sí mismos los efectos de la divinidad, que les presta alas para elevarse lejos de la tierra que desdeñan. Pero aquel fruto pérfido ejerció diferente influjo, encendiendo en ellos por vez primera el apetito carnal. Adán empezó a dirigir a Eva miradas lascivas; Eva se las devolvió impregnadas de voluptuosidad; la concupiscente lujuria los envolvió a ambos en su llama. Adán excitó a Eva de esta suerte a las amorosas caricias... Mientras*

*pronunciaba estas palabras, no escaseó sus miradas, ni sus caricias, que revelaban su intención amorosa. Eva, cuyos ojos despedían llamas contagiosas, le comprendió. Adán tomó su mano y condujo a su esposa, que no opuso ninguna resistencia, hacia un muelle césped, cubierto y sombreado por una bóveda de espeso follaje. Su lecho era de flores; pensamientos, violetas, jacintos y asfódelos; el más fresco y suave tapiz de la tierra. Allí se ampliaron de amor y de amorosos deportes, timbre de su mutuo crimen, consuelo de su pecado, hasta que el rocío del sueño se posó sobre ellos, cansados ya de sus voluptuosos placeres".* (Libro IX, pp. 190-191).

Tal vez la porción del libro de Milton más dramática y tensa, donde se rubrica su carácter épico, sea esa de sus dos libros finales en los que se narra el encargo de Dios al arcángel Miguel de hacer efectiva la expulsión del paraíso de la pareja pecadora, donde Eva expresa su congoja por la pérdida de su lugar natal y los versos finales, ¡magistrales!, donde se describe su salida del Edén:

*"Volwieron la vista atrás y contemplaron toda la parte oriental del Paraíso, poco antes su dichosa morada, ondulando bajo la tea centelleante; la puerta estaba defendida por figuras terribles y armas ardientes. Adán y Eva derramaron algunas lágrimas naturales, que enjugaron enseguida. El mundo entero estaba ante ellos para que eligieran el sitio de su reposo, y la Providencia era su guía. Asidos de las manos y con inciertos y lentos pasos, siguieron a través del Edén su solitario camino".* (Libro XII, p. 257).

• • •

Antônio Osório de Castro (Setúbal, 1933) es uno de los poetas portugueses más relevantes de la actualidad, con Nuno Júdice, Sophia de Mello y Ruy Ventura. *La raíz afectuosa* (1972), *Ignorancia de la muerte* (1978), *El lugar del amor* (1981), *Casa de las simientes* (2006) son algunos de sus libros más importantes. En 1981 se publicó una antología suya en Brasil, titulada *Emigrante do Paraíso* que conocí y traduje al español a finales de esa década. Para el portoalegrense Carlos Nejar el portugués es un poeta universal porque es "genuino, maduro, coherente, simple, mágico, lírico, humano" y porque "se liga a las raíces -no solamente a las de la sangre (el padre, la madre)- sino también, a las de la tierra, la suya y la de todos".

*"Madre que llevé a la tierra/ como me trajiste en el vientre,/ veo tus fotografías,/ seguro en tus diecinueve años,/ yo no existía, y mi padre ya te amaba./ ¿Qué hiciste de tu sangre,/ cómo fue posible, dónde estás?"*

Para Antônio Osório, el reconocimiento de la muerte es algo terrible, por eso él prefiere quedarse en la "Puerta del Paraíso" en el que "soñó, vivió o imaginó", según Carlos Nejar. Es un ansia perenne, la de retornar a la infancia, el recordar a los muertos y traerlos a su lado, tal como lo hizo Virgilio llevando a Eneas de visita a Anquises en la tierra de los muertos o lo que hizo Homero en la Odisea vislumbrando la llegada de Ulises al Hades.

*"El tiempo en el columpio se balanceaba/ y era infinito, dependiente y mío".*

Su lirismo crítico, ilumina la realidad dotándola de un aliento corrosivo que da voz a los que huyen, a los alienados, y se pregunta, visionario, casi apocalíptico: “*¿Qué mal impenetrable/ hizo el hombre, quién degradó/ a Dios en Dios, quién responderá/ por todo y por todos en el juicio final?*”

Pero también Osório es el poeta de la memoria, de la felicidad ligada a los ancestros, el que “retrata el tiempo de los padres y lo que con él viniera... los animales y los seres de su paraíso”, tal como lo recalca Nejar en el prólogo a *Emigrante do Paraíso*. “No quiere la extinción del paraíso en la guerra del tiempo y al mantenerlo vivo es cuando comienza a ser feliz... Recrea el paraíso en la palabra”.

Poeta del dolor en *Ponte Velha*, de un lirismo acendrado en los poemas dedicados a su madre muerta, el amor planea siempre por sus versos: “*Te amo/ con prisal/ para que nunca se acabe el amor*”. El amor, la generosidad y la gratitud, como en el bello poema que le dedica a su tía Egéria, plena evocación de la infancia y de su ámbito familiar:

“*Con cuatro años vi contigo/ un convoy infinito,/ hormiguero de carruajes, vagones,/ ruido rodante/ y yo decía adiós, besaba a la gente/ que adentro su aliento empañaba./ Y fuiste tú quien me llevó/ de la mano a la puerta del Paraíso*”.

Tal vez uno de los momentos más conmovedores del libro sea su poema “*Cavalo*”, de *Aldeia de irmãos*, que es todo un tratado sintético de llamado a la solidaridad, a la reconciliación: “*Llegará un día/ en que alguien se muestre/ agradecido y diga:/ -Entre/ y coma en nuestra mesa*”.

Texto que ineludiblemente nos conecta con María Zambrano, con su peculiarísima obra de teatro titulada *La tumba de Antígona*, donde la filósofa malagueña destila su amarga experiencia del destierro y su carácter de filósofa errante. Obra emblemática que, según Sara Moretton, “Por medio del viaje de Antígona a los “*ínferos*” se revelará la dimensión metafísica del exilio como condición propia del hombre en el mundo, que sólo por medio del sacrificio, día tras día, podrá llegar a ser, a nacer completamente. Antígona es también el símbolo de la «razón poética», la que permite la superación del conflicto entre lo decible y lo inefable, lo lógico y lo antilógico, en suma, símbolo de las dicotomías que crean divisiones y fracturas”. Zambrano, a través de Antígona, afirma: “*Todo se vuelve pesado bajo los vencedores, todo se convierte en culpa, en losa de sepulcro. Todos vienen a ser sepultados vivos, los que han seguido vivos, los que no se han vuelto, tal como ellos decretan, de piedra*”.

“La historia -dice Moretton- siempre ha necesitado del sacrificio de víctimas para avanzar en sus conquistas, víctimas que, como el cordero pascual, renunciaron a sus propias vidas para salvar a los hombres”. Esa figura del cordero es recurrentemente usada por Zambrano como emblema del exilio. En su obra *Los bienaventurados*, afirma, contundente:

“*De destierro en destierro, en cada uno de ellos el exiliado va muriendo, desposeyéndose, desarraigándose. Y así se encamina, se reitera su salida del lugar inicial, de su patria y de*

*cada posible patria, dejándose a veces la capa al huir de la seducción de una patria que se le ofrece, corriendo delante de su sombra tentadora; entonces, inevitablemente es acusado de eso, de irse, de irse sin tener ni tan siquiera adónde...*"

El exilio permite conocer al que huye "las entrañas de la existencia humana y revelarlas a todos los hombres" (Moretton). Es en esa situación cuando Antígona reclama el gesto que uno esperaría de la bondad humana para con el exiliado y su amarga condición de errancia y desarraigo: "*Nunca nadie se acercó diciéndonos, 'ésta es la llave de vuestra casa, no tenéis más que entrar'... Ni siquiera fuimos acogidos en ninguna de ellas como lo que éramos, mendigos, naufragos que la tempestad arroja a una playa como un desecho, que es a la vez un tesoro... Porque llevábamos algo... algo que solamente tiene el que ha sido arrancado de raíz, el errante, el que se encuentra un día sin nada bajo el cielo y sin tierra; el que ha sentido el peso del cielo sin tierra que lo sostenga*". (La tumba de Antígona).

En ese sentido, el Poema 14 de *Desplazados del paraíso* (*Alguien tendrá que detener esto. / Alguien, no sé quién, / debería abrir alguna puerta de su morada...*), es un llamado a la solidaridad y a la reconciliación, porque sólo así se podrá cumplir el anhelo de Antígona y de María Zambrano, de que la patria definitiva sea el pueblo: "La tierra prometida donde se vive el Amor completo, sin conflictos ni guerras que rompan ese orden armónico que se da en el árbol nacido de la convivencia y la igualdad. El sacrificio de Antígona abre la esperanza para el hombre de vivir en libertad y en la paz de una democracia..." (Moretton).

• • •

Si bien nacido en Bogotá, Álvaro Mutis vivió algún tiempo en Bruselas. Estudió en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, donde cultivó su vocación por la historia, pero también su pasión por el billar y la poesía. Su familia materna era de Salamina, una población relativamente cercana a la capital caldense, lugar donde mi padre estudió sus últimos años del bachillerato, a mediados del siglo pasado. Gran amigo de García Márquez, ha sido uno de los creadores más reconocidos de América Latina, del *Boom*, aunque su eclosión se diera ya a finales del siglo XX, obteniendo las distinciones más importantes que se dan en lengua española. Pasó largas temporadas de su juventud en una finca familiar del Tolima, en la población de Coello, donde se empapó de aromas, tesisuras y paisajes muy semejantes a los que yo experimentaré en la entraña de la Colombia profunda que habité, la Marquetalia de mi infancia.

Supe de su obra y del misterioso personaje que creó, *Magroll El Gaviero*, sin saber que era amigo de mi admirado García Márquez, al caer en mis manos un libro suyo en el puerto fluvial de La Dorada, a orillas del río Magdalena, narrado magistralmente en *El amor en los tiempos del cólera*. Desde ella pude adentrarme en la recreación que él hacía de un paisaje que me era muy cercano en lo geográfico y en lo emocional. ¡Cuántas noches en mi casa de Marquetalia escuché el murmullo de la lluvia resbalando sobre las hojas de los cafetos y los platanales, como en el poema *Nocturno* de Mutis: "*La lluvia sobre el cinc de los tejados / canta su presencia y me aleja del sueño / hasta dejarme en un crecer de las*



*aguas sin sosiego, / en la noche fresquísima que chorreal por entre la bóveda de los cafetales...*” En él aparecía su poema en prosa *Programa para una poesía*, cuyos presupuestos vitales e intencionalidades formales me sedujeron y me invitaron a explorarla en profundidad, especialmente por aquello que mencionaba antes de los paisajes emocionales afines, pero particularmente por lo que deja traslucir sobre el ser del poeta y de la condición de navegante a punto de partir hacia los horizontes más remotos, en pos del misterio inefable de las grandes lejanías que, al decir de Ernesto Volkening, en Álvaro Mutis, “*son uno solo*” y en mi obra son una promesa de la utopía, del paraíso sustituto.

Mutis te invita a ser atrevido, valiente, creativo: “*Hay que inventar una nueva soledad para el deseo*”, “*¡Cread las bestias! Inventad su historia*”, “*Es menester lanzarnos al descubrimiento de nuevas ciudades*”. Pero también a dar testimonio de lo que vives y presencias. Y es que, como lo expresa meridianamente Volkening, “*el cantor de gestas es, por excelencia, el hombre que sabe de qué está hablando, y lo sabe a ciencia cierta, en calidad de testigo*”, y eso hizo Mutis con sus historias narradas, dotarlas de la verdad de la vivencia cercana. En mi caso, viajero perpetuo, siempre a la busca de una verdad que se niega a develármese y en pos de un lugar que jamás será Utopía ni Shangri-Lá, he querido narrar ese viaje que hago afuera y adentro, no pintando, sino sometiendo los paisajes del alma; y también contar, como hago en *La huida*, de *Desplazados*, como testigo de primera mano, ese viaje que hacen los seres humanos en el decurso de la vida por los parajes anfractuosos que trasiegan en su escapada en procura de sus más altos anhelos, con la muerte siempre acechando sus cuerpos y el miedo pegado a la piel. Testigo de primera mano que entronca con lo que dijera la Nobel Herta Müller: “*La literatura es un espejo de la cotidianidad y, por ende, de la política. La política entra en la vida cotidiana y aunque no se convierta precisamente en ésta, ella misma es ficción. Sólo se puede escribir literatura a partir de lo vivido, de la experiencia*”.



¿Invencción o mentira? ¿Realidad o ficción? ¿El paraíso es un sueño o sólo un anhelo? Como bien lo dijo Herta Müller, “*La literatura no es una utopía. La utopía es algo que uno se imagina y aún no existe, no ha sucedido. Uno quiere que pase: un deseo, un sueño...*” “*La fantasía es muy distinto a la utopía. La fantasía está contra la utopía, pues la utopía es muy propensa a los totalitarismos. Tan pronto pretende hacerse realidad, se vuelve rígida...*” “*No creo que haya nada peor ni más temerario que la realidad transformada en utopía. ¡Terrible! De ahí las dictaduras*”. Por eso, y concluyendo, me apropio de ese bello pasaje de *El espíritu áspero* del extremeño Gonzalo Hidalgo Bayal para resaltar que, de alguna manera, mi paraíso está ligado a los paisajes emocionales de mi niñez, más allá de otras consideraciones, y en él, ineluctablemente está y estará para siempre presente la figura de mi abuela Natividad y el canto de aquellas vivencias: “*Se ama la tierra de los asombros o de los deslumbramientos, que es la de la niñez, y para eso vale cualquier tierra, o la tierra en la que se ha creído entrever la felicidad, que carece de geografías*”.

## REFERENCIAS

- Donoso Cortés, Juan. *Discurso sobre la Biblia*. Editorial Católica, Madrid, 1946.
- Eliade, Mircea. *Historia de las creencias y las ideas religiosas*. RBA, Barcelona, 2004.
- Escotado, Antonio. *Historia General de las Drogas*. Espasa Calpe, Madrid, 1998.
- Flórez Rodríguez, Antonio María. *Desplazados del paraíso*. Editorial Universidad de Caldas, 3ª ed., Manizales, 2015.
- Flórez Rodríguez, Antonio María. *En las fronteras del miedo*. Diputación Provincial de Badajoz. Badajoz, 2013.
- Graves, Robert. *Los dos nacimientos de Dionisios*. Seix Barral, Madrid, 1980.
- Hidalgo Bayal, Gonzalo. *El espíritu áspero*. Tusquets Editores, Barcelona, 2009.
- Moretton, Sara. Antígona de María Zambrano. *Mediterránea* 11/11. Università di Trieste, 2011, [www.mediterranea.it](http://www.mediterranea.it)
- Müller, Herta. Declaraciones en entrevista. *El País*. 2009.
- Mutis, Álvaro. *Summa de Maqroll el Gaviero*. Fondo de Cultura Económica. 2ª ed., corregida. Madrid, 2002.
- Osório, Antônio. *Emigrante do Paraíso*. Massao Ohno/Roswitha Kempf. Editores. Sao Paulo, 1981.
- Pacheco, Manuel. Poesía completa. Tomos I, II, III. Editora Regional de Extremadura. Mérida, 1999. pg 103 Tomo II y . Pg 115 Tomo III.
- Peñalosa, J. Antonio. Prólogo al *Paraíso perdido* de John Milton. Sepan cuántos. Número 194. Editorial Porrúa, Ciudad de México, 10ª ed., 1ª reimpresión, 2011.
- Zambrano, María. *La tumba de Antígona*. Cátedra. Letras hispánicas, Madrid, 2012.
- Zambrano, María. *La razón en la sombra: Antología crítica*. Siruela, Madrid, 2004.
- Zambrano, María. *Los bienaventurados*. Siruela, Madrid, 2004.